

## LO QUE NOS DEJA LA PANDEMIA: EL DOLOR DE LA INCERTIDUMBRE<sup>1</sup>

Luis Herrera Abad\*

### Lo siniestro

La situación inédita que vivimos en estos momentos de nuestra historia y, que se extiende a todo el mundo, suena para un psicoanalista como una gran explosión de angustia, especialmente de aquella que es vivida como una reacción frente a un inmenso peligro. Si es acorde al peligro que se enfrenta, puede ser denominada *angustia señal*, que es la que alude a la preparación del Yo para enfrentar la amenaza; sin embargo, cuando no se dirige a ese enfrentamiento, es denominada *angustia automática*. Esta última es la que tiene, me parece, prioridad en la situación que vivimos. Nos encontramos en un escenario en el que el Yo se inunda de una vivencia de desvalimiento frente a algo que no tiene un claro contenido psíquico y que es difícil de representar. Algunos autores (Winnicott y otros) lo han denominado *desamparo*, íntimamente ligado al trauma, en el que habita una sensación de desborde y de impotencia que resulta difícil de manejar.

Muchas de estas vivencias de desamparo corresponden a etapas tempranas de la vida, puesto que el ser humano viene al mundo mucho más necesitado de ser cuidado y amado que cualquier otro ser vivo. Esta experiencia de vulnerabilidad se encuentra siempre presente a lo largo de la vida, pudiendo entonces, en situaciones excepcionales como la epidemia que vivimos, desencadenarse y permitir la aparición de síntomas que son, en gran parte, referidos a viejas ausencias y desamparos.

Kristeva y Scarfone (2020) proponen que la COVID-19 puede de alguna manera fomentar una regresión en las personas que la sufren, hacia distancias

---

\* Psicólogo y Magíster en Estudios Teóricos en Psicoanálisis por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Psicoanalista en función didáctica, ex Presidente de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP). Profesor en diversas instituciones académicas y de formación psicoanalítica. Autor de *Reflexiones psicoanalíticas sobre la violencia y el poder en el Perú* (2018); y de diversos trabajos sobre psicoanálisis, cultura y violencia. <psluisherrera@yahoo.com>

afectuosas familiares, las cuales se vuelven muchas veces amenazantes por ser poseedoras de la enfermedad y, por lo tanto, poder enfermarnos por el contagio. Esto se ajusta a la definición que nos da Freud de “lo siniestro”, es decir lo referido a lo familiar que se convierte en algo amenazante.

Al prolongarse esta situación se puede decir que entramos en un escenario crítico en el cual el confinamiento nos coloca en la perspectiva de ser, como diría Kristeva, *sobrevivientes*. Todo ello nos ha puesto ante la situación de enfrentarnos a la pulsión de muerte cara a cara, frente a lo cual responderíamos que “la civilización es la lucha de la especie humana por la vida, esta lucha es sin duda el contenido esencial de la vida” (Kristeva y Scarfone, 2020, p. 3).

Una situación traumática es una situación de desvalimiento vivenciada, a diferencia de una situación de peligro que es también una situación de desvalimiento, pero discernida, es decir, recordada y esperada. La situación que vivimos se trataría de una situación de desvalimiento vivenciada pero no discernida, donde la angustia constituye una reacción originada frente al desvalimiento en relación al trauma que posteriormente se reitera como señal de alarma frente a situaciones de peligro.

Tendríamos que agregar que el dolor que produce la angustia es parte de la vida, siempre y cuando el Yo pueda extraer de él aquello que necesita para su desarrollo. Al respecto, Bion (1970) decía que el psicoanálisis busca reforzar la capacidad del paciente para sufrir, aunque este último no sea el deseo del paciente y del analista. Se podría decir con Bion que un monto de angustia es necesario para la vida, pues su ausencia coincide con la anulación de lo emocional. Sin embargo, también pueden aparecer como nos consta, angustias ligadas a la aniquilación, a la muerte, angustias persecutorias, a las que se les denomina, más apropiadamente, *dolor psíquico*, y que se encuentran vigentes en la pandemia.

La capacidad para vivir, soportar y representar lo que nos produce el dolor es adquirida desde muy temprano: de las primeras separaciones traumáticas del nacimiento y el destete. Para Freud el dolor psíquico viene a ser como una súbita hemorragia interna, conocida también como el *dolor de existir*, estado que dura la vida misma, pero además es el recuerdo del dolor antiguo, especialmente las pérdidas que se reproducen.

Podríamos tal vez, decir que, desde muy temprano, desde las vivencias intrauterinas, el ser humano lleva una cierta carga de angustia. Algunos autores hablarían que esa es la vivencia de muerte inminente que proviene y es fantaseada como prolongación indefinida de la situación de encierro en el ambiente limitante del útero materno. Se agregarán a ellas las vivencias angustiantes del nacimiento. Podríamos decir que el anhelo del feto es desprenderse de la madre logrando una vida independiente; sin embargo, los primeros momentos que siguen al nacimiento, por ejemplo, el corte del cordón umbilical, se acompaña

de un sentimiento de pérdida de límites y por tanto de desintegración; dicho en otras palabras, de ser lanzado al espacio ilimitado y la pérdida de consistencia.

Todas estas vivencias se encuentran ligadas al desamparo, al sentimiento de soledad y vacío. Y pueden, en situaciones excepcionales como la que vivimos en estos momentos, repetirse. Por un lado, el límite interno y el encierro. Por otro, el afuera, donde la ausencia de límites suscita un predominio del vacío e incertidumbre, ambos temidos y deseados, y frente a los cuales se espera que el Yo pueda hacerse poseedor de sus propias vivencias angustiantes.

Silvia Bleichmar, psicoanalista argentina de hondo arraigo en Latinoamérica, escribió varios libros sobre la subjetividad que se derruía. Uno de ellos, particularmente inspirador, es el que llamó "Dolor País" (2002), perfectamente aplicable a nuestra realidad. En él sostenía que los seres humanos, quizás por la pulsión de muerte, tendemos a dañarnos y mirarnos con desconfianza unos a otros. Describía que la acción del ser humano no es siempre de demoler al otro, sino de desconocerlo, de desconocer su existencia, y es ahí, en la ausencia del reconocimiento de lo que el otro produce, es decir, no ver al otro como un semejante, donde se desarticula toda empatía. Justamente esto es lo que vio y escribió Hannah Arendt (1963), denominándolo "banalidad del mal": ignorar al otro, desconocer que es "alguien" (Bleichmar, 2005). La "banalidad del mal" vendría a ser justamente esa indiferencia, la posibilidad de destruir sin que exista compasión, porque la víctima ha dejado de ser un semejante.

Desde la infancia se puede dar un sentimiento de desvalimiento, de "desauxilio", de "desayuda", o como diría Winnicott, de "des-amparo". De sentir que el otro no nos da los cuidados básicos, no nos escucha, no tenemos voz y nos hunde en la desesperanza, negando toda perspectiva de reencuentro. Pensemos, por ejemplo, en el que pierde su empleo y vive la sensación de no ser necesitado por nadie, de ser sobrante, inútil. Para Bleichmar (2002) esto "implica una agonía deteriorante y paulatina para quien es sometido a ello, dado que la orfandad a la que el Estado le condena se extiende a todo lo que ama" (p. 29).

Somos un país en crisis por la pérdida de la esperanza de alcanzar un mundo distinto. Son muchos, sin embargo, los que se jactan de no sufrir este dolor, quizá porque no sienten lo que el otro sí puede sentir. Sobre esta realidad es que aparece el terror de la COVID-19, dejándonos al borde del desamparo. Estas vivencias actuales caen sobre un país que se encuentra a lo largo de su historia en crisis social profunda, agudizada por la situación que vivimos.

### ***Ambigüedad y técnica psicoanalítica***

A lo largo de su desarrollo el niño va adquiriendo la convicción de la existencia de la bondad, como un suministro ajeno a él y, al mismo tiempo, aprende a

confiar en sus propias posibilidades para demandar y obtener este suministro. Es a partir de ello que el sujeto estructura sentimientos de contrariedad contra lo que daña y hace sufrir; es en este proceso de crecimiento donde se dará el paulatino desarrollo de la conciencia de que él mismo puede ser causa externa de sufrimiento para otro.

En esta relación de oposición con lo que daña radica la posibilidad de acceder a la noción de justicia. En ese proceso se adquiere no solo el sentido de "lo que daña" sino, además, la conciencia de "cuándo" uno mismo es dañino para otro, permitiéndonos aprender a discernir lo que es justo como parte integrante de nuestra personalidad.

Si este proceso no se realiza, como sucede en la marginalidad y en la situación actual de crisis, dado que el sujeto no contó con la mediación de la ternura y porque su vida transcurrió desde temprano en el sufrimiento, la violencia y la injusticia, entonces no podrá establecer oposición con ellas. En este sentido, siguiendo a Fernando Ulloa (1995), su ética será la del "apoderamiento", siendo él mismo producto de un "apoderamiento".

En este escenario de marginalidad, violencia y pandemia, el tiempo pierde su continuidad. No hay un mañana posible en donde el hoy pueda organizar e imaginar el futuro. Lo que no se tuvo en su momento refuerza el sentimiento de lo que nunca vendrá, por lo cual se hace difícil cualquier previsión.

En relación a ello, consideramos que, para entender la violencia, es fundamental historizarla, es decir, darle contexto, elaborar sus causas y sus repercusiones tanto emocionales como sociales. No se debe permitir el olvido porque lo no recordado deja de ser considerado como histórico. El olvido implica la imposibilidad de extraer una experiencia que permita entender los fenómenos, así como el proceso que les da origen; si esto sucede, no se tiene de dónde extraer la sabiduría que permita sacar recursos para enfrentar lo que viene. Es fundamental, entonces, recordar lo vivido, dándole significado y traduciéndolo a palabras. Tratándose de la violencia asesina y con la finalidad de evitar que se repita, se hace más necesario que nunca no olvidar, refiriéndome tanto a la violencia histórica como a aquella que vivimos en la actualidad, es decir, la que produce la situación de crisis.

En ese contexto, el factor que a los psicoanalistas nos debiera preocupar más es el que tiene que ver con la incertidumbre, en la que no sabemos en forma precisa qué nos espera, y pareciera que no tenemos claramente a qué sujetarnos, a pesar de que nuestro oficio radica en trabajar con la ambigüedad, en intentar darle alguna forma que nos permita mirar el futuro. En ese sentido, quizás lo que no es seguro es si con los instrumentos que tenemos podemos colaborar positivamente, o bien, como dice Kristeva (2020) "¿Acaso nuestro marco analítico está llamado también a reinventarse, y cómo lo hace?".

Enfrentarse a la ambigüedad nos coloca el reto de seguir siendo analistas. Como diría Scarfone, seguir siendo psicoanalistas pese a la exigencia de modificar nuestro marco habitual, no solo desde el punto de vista de la técnica persona a persona, sino también variar el malestar que ese cambio nos provoca, y seguir estando dispuestos. No nos olvidemos que para poder hacer análisis nos es indispensable facilitar el que nuestro paciente viva en nosotros y nosotros en él (Escribens, 1995). Solo podremos "habitarlos" si es que analizamos "con todo nuestro cuerpo". Si bien escuchamos, y es fundamental saber escuchar, también tenemos que recibir la soledad de nuestro analizando, y el virus es un especialista en hundir en una angustia solitaria al que se encuentra frente a él. En ese sentido colaboran las prescripciones que los gobiernos imponen en relación a la abstinencia de tocarse o de estar muy cerca de las otras personas, pues esto podría llevarnos, inclusive, a pensar que, tan amenazantes como el mismo virus sería también lo que psicológicamente suscita en nosotros. Al referirnos al trabajo no presencial, sino virtual, al cual nos vemos de alguna forma precisados, será necesario incorporarlo, interpretándolo, dentro del proceso analítico, con la certeza de que el psicoanálisis no se creó para ser hablado por teléfono:

El análisis se hace de cuerpo presente, es decir, es necesario mantener aquello por lo cual analizo con la carne de las palabras, pero con todos mis sentidos. La voz es muy corporal, pero no es suficiente. La posición, los gestos, tienen que ver con el ahora. Nos comunicamos mejor que por texto; el olor del consultorio y la sensación que contiene la desintegración es el elemento contra-fóbico. (Kristeva y Scarfone, 2020, p. 9)

Sostiene Scarfone (2020) que no se puede reducir el cuerpo al lenguaje. La voz tiene una gran importancia, siempre está presente de alguna u otra manera, pero nos puede, con facilidad, ligar demasiado a la palabra y hacernos dejar de lado la presencia no verbal, que puede ser "tan seductora pero también perturbadora de este cuerpo que no se deja traducir completamente al lenguaje". (p. 11)

El papel que cumple el cuerpo, la expresión corporal acompañada de la gestualidad, tiene una importancia grande en el trabajo psicoanalítico. Nos coloca siempre en un escenario en el cual lo sensorial es el eje de lo presencial, una mirada, una sonrisa, una expresión que se repite, un gesto cobra significado a partir de lo comunicado. La palabra, entonces, se enmarca en aquello que es presencial. Al mismo tiempo, podríamos plantear que lo corporal no se reduce al lenguaje. Todo lo cual nos plantea un desafío en el trabajo analítico, siendo evidente que tenemos que aprender bastante de las nuevas modalidades.

## ***Desigualdad y pandemia***

Quisiera referirme a un texto que llega a mis manos de parte de un peruano, que vive en el extranjero, experto en problemas ecológicos. Julio Tresierra (2021) en su exposición y, parafraseando al director de la OMS Adhanom Ghebreyesu, nos dice lo siguiente: “el mundo está al borde de un fracaso moral catastrófico, si no se llega a garantizar el acceso equitativo a las vacunas” (p. 1). Efectivamente, los países ricos reciben beneficios en la adquisición de las vacunas que los pobres no tienen. La realidad, como bien señala Tresierra (2021), demuestra con objetividad que la COVID-19 ha hecho más daño a los excluidos del sistema, sea por “etnicidad o pobreza. Las grandes masas de excluidos aún en países ricos como EEUU e Inglaterra representan la mayoría de infectados por la pandemia” (p. 4). Esto devela cómo las desigualdades que existen en la realidad, existen también para el reparto de la vacuna de la COVID-19, siguiendo un patrón similar al de la distribución de la riqueza.

La paradoja consiste en que “esta distribución desigual puede causar más daño en la medida en que los países con mayores recursos financieros, almacenan de manera preventiva dosis de futuras vacunas” (Tresierra, 2021, p. 5). Esto podría provocar el aumento de muertes por el virus al no estar distribuidas las vacunas de forma equitativa. Tenemos el ejemplo de países, como Canadá, a quienes les sobran las vacunas por haberlas adquirido en grandes cantidades, mientras que en África o algunos países de Latinoamérica la gente puede morir porque no tiene recursos económicos para adquirirlas.

Lo mencionado nos puede explicar el escenario sobre el cual surge la pandemia de la COVID-19. Especialmente estos últimos años hemos sido testigos participantes del cambio histórico sufrido en el mundo que en cierta medida despoja al ser humano de un proyecto trascendente que posibilite de algún modo la salida del malestar reinante. Hemos esperado nutrirnos con la esperanza futura de que algún día cesará ese malestar y alcanzaremos la felicidad. Para Bleichmar, la esperanza consiste en revelar los males presentes y la ilusión de una vida plena. La indiferencia y crueldad ante los más pobres que reina en las clases dirigentes y en la sociedad, deja de lado los factores humanos tomando como prioridad los indicadores económicos. A ellos se refiere con el nombre “Dolor País” (Bleichmar, 2002). Si a la fatiga se le suma la compasión, el agotamiento de la capacidad de comprensión aludiría a la imposibilidad de expresar la indignación, llevándonos a la sensación de desborde.

La pandemia ha descornado las cortinas mostrándonos estas inequidades en toda su magnitud. Nos ha mostrado, además, la corrupción extrema que negocia con el hambre, el trabajo y la salud.

## ***Vida y muerte***

Deberíamos agregar en esta exposición, el agravamiento de enfermedades mentales producto de las presiones que la pandemia trae. Pensemos, para tenerlo más claro, solamente en una: el miedo a la muerte. Tenemos un enemigo mortal desconocido que convive con nosotros amenazándonos de muerte, aún no tenemos instrumentos eficaces (esperemos que la vacuna lo sea) para poder combatirlo, y, además, no afecta a todos los seres humanos por igual: esto se puede observar con claridad en el aumento de la pobreza que hace susceptibles aún más a los desposeídos a ser presa fácil del virus. Todas estas diferencias son aquellas que ya existen en el mundo.

La enfermedad nos muestra con frecuencia la fragilidad y vulnerabilidad de nuestra vida, lo cual nos recuerda la presencia de la muerte. Dilthey se refería a ella como la permanente corruptibilidad de nuestra vida. Sin embargo, también nos hace valorar la salud y la vida. No olvidemos que la enfermedad es también, y quizá prioritariamente, lucha, pathos. En esta contienda el otro es nuestro aliado. El síntoma es también un intento de recuperación de salud y, por lo tanto, de vida, es mensaje que debe ser recogido por otro, a quien ocultamente tiene como depositario.

Si ya es irrepresentable la muerte misma, los datos que nuestros sentidos y nuestra realidad registran sirven de poco, nuestro Yo se siente desolado, no tiene defensas que eficazmente lo lleven a enfrentarse a esta situación.

Los que hemos tenido oportunidad de trabajar durante años en el tema de la violencia política sabemos que el sentir que uno muere en cualquier momento siempre se hace más tolerable cuando es compartido con otro. En grupos amenazados de muerte, así como en personas que vivieron la muerte violenta de seres queridos, se hace indispensable sentir que uno no está solo frente a lo siniestro encarnado en la muerte cercana. Es muy importante para los seres humanos sentir que somos acogidos. Solo en la relación parece encontrarse el sentido de la vida.

## **De la soledad, incertidumbre y perplejidad**

Si la soledad es uno de los fenómenos acompañantes de la pandemia, con su distancia, con su imposibilidad de tocar al otro, con la lejanía como precaución, tendríamos que dedicarle, obviamente, más tiempo. A veces, esa soledad es un anuncio de estados depresivos que la pandemia, por sus características, puede suscitar en los seres humanos y que se acompañaría de un aumento de la irritabilidad y el hartazgo. Todos estos elementos son nuevos insumos que se ponen, en estos momentos, como puntos importantes a trabajar virtualmente. No nos descuidemos, que estos mismos fenómenos nos acompañan a los psicoanalistas

que también sufrimos el embate de las prescripciones preventivas que los gobiernos imponen buscando el control de la epidemia.

La incertidumbre es patrimonio humano (Puget, 2002), este fenómeno surge separando al hombre del animal y colocándolo frente a las incertezas, especialmente entre su subjetividad y lo que se le plantea como sus objetivos, es decir, entre lo imaginario y lo real. Quizás esto se deba a que en el hombre se da una inclinación al desborde del Eros, de las emociones y la violencia; sus recursos son eventualmente la fantasía y su justificación aquella que la misma sociedad le brinda.

La violencia entre los animales se encuentra establecida a partir de recursos que le permitan vivir en el ambiente sin depredarlo necesariamente. El Sapiens paradójicamente lo conduce al desorden. Ya Freud (1921) nos explicó con toda claridad que no es natural el orden en el ser humano, que tiende al desorden, y que, por tanto, necesita establecerse normas que lo ordenen. Curiosamente, hay menos desorden en la naturaleza que entre los hombres, por eso los procesos humanos, especialmente los creativos, se producen a pesar o por el desorden, porque las respuestas humanas no pueden dejar de ser complejas, y, en este caso, afortunadamente contradictorias; en ellas está el origen de la creatividad. Sin embargo, también del desconcierto y la perplejidad del hombre frente a sí mismo y su futuro. Se trata de una constante búsqueda de respuestas para su incertidumbre.

Es importante enfatizar la necesidad de los seres humanos de apropiarse de los espacios con la ilusión de que le pertenecen. Muchas veces, el ser humano utiliza como explicaciones el pasado histórico como un criterio de verdad para justificar el presente apropiado. El no hacerlo sería darle paso a una creatividad que no puede dejar de ser angustiante puesto que supone interrogarse sobre el por qué estamos donde estamos, y de esta manera problematizarnos; justamente eso es lo que hace el psicoanálisis. Estamos suponiendo que la incertidumbre lleva al hombre a buscar a veces desesperadamente certezas tratando de apoyarse en bases instituidas ya conocidas por él, pero que muchas veces los conducen lamentablemente al fracaso.

Miremos por un momento la pertenencia de los seres humanos a los grupos y veremos que estos le otorgan la ilusión de seguridad, de predictibilidad, quizá basada en la sensación de sentirse acompañado en su ansiedad. Puget (2002) denomina "principio inconsciente de incertidumbre" y habla de una necesidad de tomar conciencia de la incerteza afirmando que es posible hoy la aparición de un tipo de sufrimiento ligado a lo impredecible. Coloca como ejemplo extremo, en situaciones de violencia, la tortura. La víctima no sabe cómo va a ser, ese no saber es el peor tormento, el torturado solo sabe que algo terrible le va a suceder. En la situación que vivimos actualmente en nuestro país, podemos encontrar

múltiples ejemplos: la inseguridad ciudadana, la posibilidad de sufrir de un ataque violento, lo cual conduce a un sentimiento de perplejidad.

Pero en una circunstancia como la actual, este sentimiento de perplejidad se eleva a su máxima expresión. El mundo se convierte en algo que no es fiable. Los imprevistos no avisan, no esperamos que ocurran, y nuestra capacidad de anticipación y prevención tiende a reducirse apareciendo el miedo. Es por eso que Janine Puget titula a su trabajo "Qué difícil es pensar: incertidumbre y perplejidad" (2002). Es precisamente esta una situación que ocasiona un fuerte sufrimiento, tanto individual como social, el sufrimiento del "no saber"; que suscita trastornos del pensamiento y una amplia gama de alteraciones emocionales.

Podríamos pensar que, afortunadamente, el desconsuelo de no tener certidumbres se acompaña, muchas veces, de esperanza. Aunque la primera reacción frente a fenómenos de pandemia o plagas sea siempre la perplejidad, también puede convertirse en sufrimiento el sentir que la esperanza puede esfumarse y en ese entonces surgirá, más intensificada que nunca, la sensación de desamparo a la que nos hemos referido.

Es sugerente mencionar la frase "malestar sobrante" a la que hace referencia Bleichmar (2005), pues con ella se refiere concretamente a que no es posible ser eficazmente humano si no somos capaces de manejar ese sobre malestar que tenemos que pagar a la sociedad, que no se refiere únicamente a renunciar a las pulsiones, sino fundamentalmente resignarnos a los aspectos que sentimos que nos sobrepasan.

Agrega Bleichmar que, en estos momentos, se vive un malestar sobrante producto del cambio de época sufrido en los últimos años, que parece anular en el ser humano la posibilidad de gestar un proyecto trascendente, potencializado por la pandemia. La ilusión de una vida plena, que es lo que posibilitaría el camino a recorrer, se encuentra perdiendo su dirección, repercutiendo especialmente en la gestación de sueños e ilusiones que lleguen a los niños desde pequeños y los preparen para sobrevivir.

Cita Bleichmar el excelente trabajo de Norberto Bobbio "La vejez melancólica", ubicado en el libro titulado "De Senectute" (1997), en el que habla sobre lo que quiso alcanzar y no alcanzó y cómo las metas se van desplazando conforme avanza la vida, y en cómo cuando uno cree alcanzarlas no llega a ellas. Pero también en su libro recoge las experiencias que vivió y que se vieron frustradas convirtiéndolas en sabiduría que lo ayuda a entender mejor su propia existencia de 85 años. Bobbio nos propone recuperar el sentido de nuestra vida y colocarnos nuevas metas frente a aquellas que aparentemente no han resultado. Nos da una lección de entereza.

En ese sentido, nuestro reto sigue en pie. Confiamos en gran parte en el avance de la ciencia actual, aunque por momentos nos envuelva la desconfianza.

Esta es una situación que nos lleva a convivir con el desarraigo y el desdén por el otro. La pregunta que nos hacemos es si acaso, frente a un reto como este, el psicoanálisis no tendría necesariamente que reformular su técnica para extraer de ella lo que sea más eficaz.

### Referencias bibliográficas

- Arendt, H. (1963). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Editorial Lumen.
- Bion, W. (1970). *Atención e interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2002). *Dolor país*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- \_\_\_\_\_. (2005). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topia.
- Escribens, A. (1995). El paciente que nos habita: algunas consecuencias clínicas de la representación del analizando en la mente del analista. Alcorta Garza A. Editores (1996). *Psicoanálisis en América Latina: Teoría y Técnica*. Monterrey, México: Fepal / IPA.
- Freud, S. (1929-1930). El malestar en la cultura. En *Obras completas*. Strachey, J. (Trad.) y Amorrortu (Ed.) (1988) (Vol. XXI, pp. 17-38).
- Kristeva J. y Scarfone, D. (2020). *La situation virale et ses résonances psychanalytiques* [Webinar]. IPA. [https://www.ipa.world/IPA/en/IPA1/Webinars/La\\_situation\\_virale.aspx](https://www.ipa.world/IPA/en/IPA1/Webinars/La_situation_virale.aspx). Traducción: Nicolás Bello.
- Puget, J. (2002). Qué difícil es pensar: incertidumbre y perplejidad. *Revista Psicoanálisis de Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*. Volumen XXIV: Dolor Social.
- Tresierra, J. (2021). *COVID-19: Politización, mercado y exclusión en la distribución de vacunas*. (Artículo sin publicar).
- Ulloa, F. (1995). *Novela clínica psicoanalítica: historial de una práctica*. Buenos Aires: Paidós

### Resumen

La situación inédita que vivimos en estos momentos de nuestra historia, y que se extiende a todo el mundo, suena para un psicoanalista como una gran explosión de angustia, una experiencia de desvalimiento, desamparo y de permanente incertidumbre.

Somos un país que se encuentra a lo largo de su historia en crisis social profunda. A la situación de pandemia se le suma una crisis por la pérdida de la esperanza de alcanzar un mundo distinto; se percibe un “malestar sobrante” producto del cambio de época y que anula en el ser humano la posibilidad de gestar un proyecto trascendente. En un escenario de marginalidad, violencia y pandemia, como es el nuestro, el tiempo pierde su continuidad y nos reta a enfrentar la ambigüedad como sociedad, pero también como analistas.

**Palabras claves:** pandemia, incertidumbre, desamparo, marginalidad, psicoanálisis

**Abstract**

The unprecedented situation that we live in these moments of our history and that extends to the whole world, sounds for a psychoanalyst like a great explosion of anguish, an experience of helplessness and permanent uncertainty.

We are a country that has been in deep social crisis throughout its history. Added to the pandemic situation is a crisis due to the loss of hope of reaching a different world; a “leftover discomfort” is perceived as a result of the change of era that cancels in the human being the possibility of creating a transcendent project. In a scenario of marginality, violence and pandemic, such as ours, time loses its continuity and challenges us to face ambiguity as a society, but also as analysts.

**Keywords:** pandemic, uncertainty, helplessness, marginality, psychoanalysis